

LA LITERATURA DE HOY

LA VIDA LITERARIA EN ESPAÑA

En el pulso de España adviértese en los últimos meses un marcado aceleramiento. Junto a los escritores de obra ya madura, empiezan a destacar figuras juveniles — antenas de la nueva sensibilidad — más ricas en intenciones que en resultados, y que sin definirse todavía, permiten confiar en la perdurabilidad del esfuerzo por levantar a un rango europeo el nivel de las letras castellanas tan decaídas hace unos cuantos años.

A pesar de esta actividad de la nueva generación que nos ha dado este año pasado una docena de libros apreciables, henchidos de promesas, el tono de la literatura española siguen dándolo escritores ya conocidos. En justicia, el puesto de honor entre los más recientes libros corresponde a las dos últimas novelas del ya glorioso Don Ramón María del VALLE-INCLÁN, *Tirano Banderas* y *La Corte de los Milagros*.

Cuando ya muchos daban por caduco al gran poeta galaico, surge de la penumbra y el silencio, apenas interrumpidos, de los últimos años, con dos obras que demuestran la pujanza y madurez de su talento. Hace tiempo asistíamos a la trabajada renovación del estro preciosista y sensual, caricaturesco y luminoso de Valle Inclán, el antiguo cantor de los amores decadentes y refinados. Sus “esperpentos” (*Luces de bohemia*, *Los cuernos de Don Friolera*) señalan una nueva etapa. No obstante se dudaba de que por este camino acertase con obras del rango artístico de las *Sonatas* y sus novelas primeras.

Hoy, después de *Tirano Banderas*, no habrá quien pueda dudar. Los críticos españoles de mayor solvencia, Andrenio, Díez-Canedo, Blanco Fombona, Antonio Espina, han reconocido inmediatamente la suprema calidad de estos retazos de vida revolucionaria en Santa Cruz de Tierra Firme, tierra caliente. *Tirano Banderas* puede disputarse sin riesgo de equivocación como la mejor y más original novela de estos tiempos.

Todos los elementos que Valle-Inclán utiliza en *Tirano Banderas*—ambiente tropical, sensualidad, impresionismo pictórico, la muerte como factor evocativo, el estudiado ritmo y melodía en la prosa tan bien definidos por Amado Alonso en su conferencia del Ateneo de Puerto Rico, supersticiones y fenómenos sobrenaturales, etc.—son los mismos que de modo constante caracterizan su producción anterior, y sin embargo, el resultado

es algo nuevo y desconcertante, más rico en fuerza dramática y de imponente intención humorística. Visión sólo comparable a las páginas más crueles y despreocupadas de Quevedo o a los caprichos más feroces de Goya.

Valle-Inclán ha sometido a una alquimia purificadora todo lo que en él había de romanticismo finisecular y de decadentismo d'anunziano; ha llegado a la máxima economía en la expresión, y con ello el arte y el dramatismo de la obra salen ganando. En el nuevo estilo esquemático, rectilíneo, punzante, geométrico de *Tirano Banderas*, bastan dos palabras para describir un paisaje — paisaje lleno de belleza evocativa siempre — o para filiar a un tipo: Santos Banderas, el degenerado diplomático español, Don Celes, Coronelito de la Gándara, Zacarías el Cruzado. “El arte de contar llega ahora en “*Tirano Banderas*” a la evidencia misma. Sus personas, sus acontecimientos, sus lugares, se crean a las pocas palabras que el narrador les dedique” Así ha definido el estilo de esta obra el gran crítico E. Díez-Canedo.

El esquematismo no sólo alcanza al lenguaje; alcanza a toda la técnica del libro compuesto en estampas dramáticas independientes, unidas sólo en la visión de conjunto.

Tirano Banderas es un libro dinámico, conmovedor como una tragedia, de aviesa intención caricaturesca. Acertadamente ha dicho Blanco Fombana que Valle-Inclán crea por sí solo una nueva visión de América, lo que él llama la “americanada” por analogía con la “españolada” de los escritores románticos. Evidente. Toda la América abigarrada de los caudillajes y revoluciones, con sus tiranos de alma despiadada, ebrios de sangre y fanatismo, de avaricia y ansia de mando; sus indios de alma estoica y primitiva, hecha de miedo ancestral, hechicería y crueldad; sus emigrantes burdos y maliciosos, aventureros pintorescos, diplomáticos entontecidos de vicio y “snobismo,” arrivistas despreocupados; compadritos sensuales, enfermos de trópico y de retórica; toda esta América en estado caótico de formación está pintada para siempre en las páginas indelebles de *Tirano Banderas*.

Probablemente la caricatura palpitante y cálida de Valle-Inclán habrá herido muchas susceptibilidades en América. Muchos censurarán la dureza y encarnizamiento de la crítica. Como otros grandes artistas, Valle-Inclán usa más del látigo que de la lisonja. Como en las españoladas ya aludidas, resalta en *Tirano Banderas* más lo malo que lo bueno; lo vituperable está acusado con colores más vivos. No falta, sin embargo, la nota optimista y consoladora; almas religiosas como D. Roque Cepeda y la grandeza épica y redentora de toda conmoción popular. En último término, convendrá no olvidar que Valle-Inclán

elige el tono duro, fustigador y humorístico de todos los grandes moralistas. *Tirano Banderas* deja en la conciencia un oscuro sentimiento de repulsión ante el crimen y la depravación humana.

La novela de Valle-Inclán requiere un estudio más detenido. Sería necesario un examen más objetivo en que habría de darse parte importante al examen de determinados problemas lingüísticos que plantea el uso persistente de americanismos de distinta procedencia; cuestiones a estudiar serían también el esquematismo de tipos y descripciones; caracteres psicológicos, diferencias entre la nueva modalidad y las obras anteriores del autor; habría que esclarecer alusiones e influencias, si las hay, y otros varios problemas que plantea una obra moderna de tal importancia. Un estudio de esta índole requeriría tiempo. Nosotros hemos preferido dar una impresión general en esta reseña de las obras españolas más recientes.

La Corte de los Milagros, obra posterior a *Tirano Banderas*, tiene casi idénticos caracteres literarios: esquematismo en la descripción y los tipos, intención humorística y fustigadora, desfile de tipos patológicos, lisiados moral y mentalmente, escenas de prostíbulo, señoritos crapulosos, política de "boudoir" con aristócratas tronados haciendo juego a oradores gárrulos. Lo que cambia es el ambiente, que en *La Corte de los Milagros* es el Madrid decadente, castizo y pintoresco de los tiempos isabelinos. Claro es que el cambio de ambiente produce cambios importantes en la entonación general de la obra y que el vocabulario carece de americanismos tan abundantes en *Tirano Banderas*. *La Corte de los Milagros* es la primera novela de una serie histórica que sobre la España del siglo XIX prepara Valle-Inclán con el título general de *El ruedo ibérico*.

También Pío BAROJA ha aumentado su obra el año pasado con la publicación de dos nuevas novelas, *Los amores tardíos* y *Las veleidades de la fortuna*, que completan la trilogía titulada *Agonías de nuestro tiempo*, empezada con *El gran torbellino del mundo*. Nada nuevo añaden a la obra frondosa e interesante de Baroja. Marcan, sí, la tendencia cada vez más acentuada en el ilustre novelista vasco a utilizar tipos y argumentos como pretextos para exponer sus ideas en forma a veces un tanto paradójica. Aquí el argumento llega a su mayor simplificación: unos amores tristes ya esbozados en la primera novela, *El gran torbellino del mundo*, se desarrollan "al ralenti" mientras el protagonista José Larrañaga, temperamento escéptico y en el fondo sentimental, diserta en diálogos constantes sobre la psicología de la postguerra en los países centrales de Europa con ideas que, si no son exactamente las del autor, se parecen mucho mucho a ellas.

Lo más interesante de estos libros es la rectificación de la fe germanófila de Baroja, mantenida con denuedo durante la guerra. A José Larrañaga, como a Baroja, le aburre la civilización moderna "creada por snobs, judíos y socialistas." Las opiniones se repiten con monotonía desconcertante y a pesar de todo, Baroja no defrauda a los que de antiguo le admiran. Más que al Baroja novelista de *Zalacaín el aventurero*, recuerdan *Las veleidades de la fortuna* y *Los amores tardíos* al Baroja crítico, a veces arbitrario, de *Juventud*, *Egolatría* y *Las horas solitarias*.

Con legitimidad indiscutida ocupa Gabriel MIRÓ entre los escritores de su generación, inmediatamente posterior a la del 98, uno de los puestos sobresalientes, y nadie podría discutirle el más alto, si la literatura fuese solamente perfección de estilo, finura y exquisitez. En su última novela, *El obispo leproso*, publicada al finalizar el año 1926, Miró se supera a sí mismo como creador de estilo.

El obispo leproso, novela de ambiente eclesiástico, se resiente, como todas las de Miró, en lo que es fundamental para el género: acción, realidad y carácter de los personajes. Los seres de Miró flaquean en lo que de humano debe tener un ente novelesco. Claro está que al decir que la novela de Miró flaquea en la calidad de sus tipos lo hacemos sólo por comparación con los otros elementos integrantes de la obra. Más riguroso sería decir que los tipos no alcanzan en *El obispo leproso* la altura a que llega en la novela todo lo que no es psicología y vida. En emoción, belleza, lirismo y fuerza evocativa pocas obras resistirían airoosamente el parangón con la última de Miró. El castellano llega en ella a su máxima finura, todo matiz, suavidad y filigrana, no exenta de grandeza.

Como en *El libro de Sigüenza*, como en *Figuras de la Pasión*, la prosa de Miró, aromada de esencias sutiles y alquitaradas, embriaga al lector de sensibilidad. Junto a esta perfección de monje medioeval, sería mucho pedir ese sacudimiento de realidad un poco anárquica que producen los héroes barojianos, pongamos como ejemplo opuesto.

Gran éxito ha obtenido en España una novela, de autor hasta ahora desconocido, *Marcos Villari*, de Bartolomé SOLER. A juzgar por la crítica, se trata de una novela de carácter social y regional, donde la vida rural se pinta con trazos vigorosos. También señalan la mayoría de los críticos la pulcritud y riqueza del estilo.

Libro intermedio entre novela y ensayo es *El jardín de los frailes* de Manuel AZAÑA. En rigor, no es ni una cosa ni otra, sino un libro de recuerdos y confesiones sobre la época moza y estudiantil del autor.

Manuel Azaña es poco conocido fuera de los cenáculos y tertulias literarias de Madrid. Hombre de gran talento y vasta cultura, lo mejor de su obra lo ha dado a la política y a la literatura de combate en las páginas de revistas y periódicos. Fué director de *La Pluma*, selecta revista literaria ya desaparecida hace unos cuantos años, y de *España*, el semanario que mejor registró las palpitaciones nacionales de su tiempo, en la última etapa. Su política fué siempre de alto vuelo y siempre fustigó a la llamada "política de campanario."

El jardín de los frailes le dará a conocer como escritor sincero y prosista sobresaliente a muchos lectores de España e Hispanoamérica. Es un libro hondo y triste sobre los años más desgraciados de la España contemporánea. El autor evoca su juventud, sus años de estudiante en los claustros sombríos del melancólico monasterio del Escorial y en las aulas de la Universidad Central. Junto a estos recuerdos personales, desfila el panorama de España en los años más tristes de su historia alrededor del 98. En las confesiones de Azaña se ve palpitar la tragedia de un fracaso, fracaso de una generación destrozada en el choque entre la España de la Restauración y la renaciente, que ahora empieza a dar sus frutos. La voz de Azaña tiene ecos acusadores. Libro que recuerda los tiempos y las predicaciones de Costa, Picavea, Unamuno y Ganivet, se diferencia absolutamente de las obras de aquéllos en las que lo político es fundamental. En *El jardín de los frailes* lo político está soterrado por lo psicológico y la pureza literaria de la prosa.

ORTEGA Y GASSET ha publicado en 1927 el tomo V de *El Espectador*. Como siempre, en él está lo más hondo y lo más superficial del arte y la idea del momento recogido en prosa tersa, limpia y única. Ortega ilumina los caminos nuevos del arte y del pensamiento, y explica hechos oscuros y difíciles. Probablemente lo más transcendental del nuevo volumen está en la nueva interpretación de Castilla—"Notas del vago estío"—que ocupa la parte más extensa de la obra. Frente a la Castilla sombría, árida y heroica que había llegado a ser un tópico literario, surge — como recién nacida — una Castilla clara y luminosa, poblada de imágenes, separada definitivamente de la tradición histórica.

El teatro es el único género que no parece salir por ahora de su período de decadencia. Nada ha habido este año digno de compararse con obras de otros géneros. Lo único que cabe reseñar es el estreno con éxito de *La mariposa que voló sobre el mar*, última comedia de BENAVENTE, que recuerda sus mejores tiempos. Y sólo a título de novedad y por tratarse de un autor de nombre glorioso, los ensayos teatrales de Azorín, *Old Spain* y

Brandy, mucho Brandy, de pretendido carácter superrealista, obras sin ninguna consistencia y de aburrida lectura.

Hay que hacer una excepción a favor de los dos grandes poetas Antonio y Manuel MACHADO, dedicados hasta ahora a la lírica exclusivamente. Iniciaron su colaboración en el teatro poético hace dos o tres años, con una versión de *Hernani* de Víctor Hugo; posteriormente estrenaron *Desdichas de la fortuna o Julianillo Valcárcel*, y en el año 1927 han estrenado y publicado *Don Juan de Mañara*, obra basada en la leyenda del famoso galán y burlador sevillano. En su colaboración teatral han sabido aunar los hermanos Machado sus opuestas cualidades poéticas: la gracia y levedad del verso de Manuel y el lirismo sereno, conmovedor de Antonio. *Don Juan de Mañara*, sin carecer de valores modernos, recuerda las mejores obras del teatro clásico español.

El año 1927 ha sido fértil también en obras de juventud; pero éstas merecen capítulo aparte y de ellas nos ocuparemos en el próximo número.

UNIVERSITY OF MIAMI, FLORIDA

A. DEL RÍO

LA VIDA LITERARIA EN CHILE

Entre los libros chilenos aparecidos últimamente merecen señalarse los siguientes:

Chile y los chilenos, de Alberto CABERO (Santiago, Nascimento, 1926) es un libro de 440 páginas, de varia información y acendrada disciplina mental. El Sr. Cabero estudia la evolución política y social de su patria con un criterio independiente y una elevación de miras que honran a un escritor afiliado a un partido político de combate. Un franco espíritu liberal se nota en el desarrollo de la obra que no cae por lo tanto en el patriotismo agudo de los libros de esta clase. *Chile y los chilenos* es un certero análisis psicológico y señala un serio esfuerzo de documentación. Claro está que, como en la mayoría de las obras de sociología, hay en ésta generalizaciones de dudoso valor y arbitrarias aseveraciones.

En los primeros capítulos—"El alma colectiva," "Medio físico," "Latinos e iberoamericanos," "Araucanos y españoles," "Chilenos"—es donde impera el criterio antojadizo y vago de la sociología moderna. En los capítulos sobre "Evolución política y constitucional," "Evolución económica," "Evolución social," el señor Cabero nos ofrece lo mejor de su libro. Es de lamentar que muchas de las verdades expresadas en este libro, que tuvieron su razón de ser hace algún tiempo, hayan sido destruidas por el régimen de fuerza imperante hoy en Chile.

Don Samuel LILLO es uno de los pocos continuadores de la tradición épica en nuestro continente. Sus obras principales, *Canciones de Arauco*, *Chile heroico*, *Canto a la América latina*, *Canto a Vasco Núñez de Balboa*, *Canto lírico a la lengua castellana* y *A Isabel la Católica*, están inspiradas en una pura emoción racial. *Bajo la Cruz del Sur* (Santiago, Nascimento, 1926) es un libro de versos bien escritos y de nobles motivos; pero carece de la sutileza y penetración de la lírica moderna. A pesar de su perfección técnica, la poesía del Sr. Lillo no nos interesa tanto como la de sus compatriotas Pedro Prado, Manuel Magallanes y Max Jara, mucho más incorrecta que la suya.

Carlos PRÉNDEZ SALDÍAS ha publicado *La Luna Nueva de Enero* (Santiago, Imprenta Universitaria, 1927). La luna como motivo lírico se ha hecho lugar común en las letras universales. El Romanticismo abusó tanto de este símbolo que los poetas de este siglo evitaron los dulces parlamentos con la luna. Rabindranath Tagore nos trajo hace algunos años una especie de renacimiento lunar con su famoso libro *The Crescent Moon*. No es de extrañar entonces que poetas tan modernos como Préndez hagan uso de nombres tan usados. Préndez Saldías pertenece a ese grupo de poetas chilenos que, situados en un plano radicalmente opuesto al de los innovadores violentos (Prado, Rocka, Huidobro), siguen cultivando un lirismo de emociones mínimas. Libros como *La Luna Nueva de Enero*, encantadores en sus primeras páginas, acaban por cansar a causa de la monotonía sentimental de sus motivos. Por la levedad y pureza de su estilo, por el perenne manantial de fuerza emotiva y por la moderna concepción es Préndez uno de los buenos poetas líricos de su patria.

M. PICÓN SALAS es un escritor venezolano que, siguiendo el ejemplo del gran don Andrés Bello, ha buscado la sombra cordial de Chile. *Mundo imaginario* (Santiago, Nascimento, 1927) es el primer libro del autor y a fe que es una promesa robusta de futuras obras de valor. Forman el libro algunas crónicas y varios cuentos en los cuales se diseñan algunos caracteres de original vigor. A pesar de que trata de impresiones de juventud, el Sr. Picón ha vivido estas horas tan intensamente que en las páginas de su obra quedan palpitantes y recias. De aquí que el título no haga justicia a este libro realista, aunque netamente juvenil. Este joven escritor venezolano maneja el idioma con tal maestría que hasta los más insignificantes asuntos se prestigian al pasar por sus manos. Es de esperar que obras de más esfuerzo vengán a dar lustre al nombre del autor y a enriquecer la literatura chilena.

Carlos PEZOA VÉLIZ es el mejor poeta chileno de los últimos

tiempos. Muerto antes de cumplir los treinta años, su obra quedó dispersa en hojas volanderas y en poder de sus amigos. Ernesto Montenegro publicó en 1912 algunos de los mejores poemas de Pezoa. Hacía falta sin embargo la edición definitiva que hoy entrega al público don Armando Donoso (Carlos Pezoa Véliz, *Poesías completas*, con un estudio de Armando Donoso, Santiago, Nascimento, 1927.) El estudio del Sr. Donoso que precede a la edición es de valor inapreciable tanto para el conocimiento de la vida como de la obra del poeta chileno. El presente volumen incluye poemas que hacen poco honor al talento de Pezoa, pero que tenían que ser publicados para conocer la personalidad total del autor de *Alma chilena*.

UNIVERSITY OF TEXAS

ARTURO TORRES RIOSECO

RECUERDO DE UNAMUNO Y SU POESÍA

Había en España un hombre de alto pensar, de palabra apostólica, de temple valeroso y recio, sembrador de ideas en los agros juveniles, amante de toda grandeza y maestro de verdades ubérrimas.

Hermano por el espíritu de los más excelsos varones de la nación materna, hay que colocarlo jerárquicamente entre los magnos señores del pensamiento español contemporáneo.

Ese hombre es don Miguel de Unamuno, rector que fué de la gloriosa universidad salmantina, vasco de nacimiento, castellano por adopción y vecindad.

Durante las horas reglamentarias de su profesorado enseñaba griego, cerca del aula donde adoctrinó Fray Luis de León; pero la sabia lengua muerta no era más que un diario divertimento de su alma. Su magisterio era más amplio, su cátedra más elevada: en las disciplinas del vivir con alteza, del luchar con heroísmo y del ambicionar con dignidad, eran sus discípulos Salamanca toda y España entera.

Principalmente ejercía el alto ministerio de mentor de la generación joven que en Madrid piensa, medita y ama, con ansia de mejorarse, para ser buen instrumento de rehabilitación nacional. Él la aleccionaba con palabras de vida y juicios de salud. Con un valor cívico ejemplar descubría las soterradas raíces de la enfermedad de España, y lanzaba vituperios con masculina franqueza, con claro lenguaje de hombre fuerte y digno, rebelde al eufemismo, despreciador de la perífrasis y enemigo cordial de cuantas habilidades retóricas, allá como aquí, prosperan para encubrir la verdad, disimular sanas aversiones y poner careta al sentimiento.

Tenían sus discursos el calor evangélico de un San Pablo

moderno, y su verbo sentencioso y su dicción aforística transmitían al oyente los vigores de su espíritu forzado, centro de poderosas irradiaciones. Así lo he sentido yo cuando le oí explicar ante los ateneístas de Madrid la psiquis de Nicodemo el fariseo, y cuando en el teatro de la Zarzuela le oí abominar de la incultura ambiente, que hacía del cuartel la institución supletoria de la escuela.

Es uno de esos hombres, raros por su superioridad, que no pasan en vano por el mundo, que no viven para sí mismos, ocupados exclusivamente en el negocio del condumio y en la industria del medro prosaico, sino que habiendo cultivado con sabiduría su íntimo huerto, entregan al comercio sus ricas cosechas y fertilizan con el riego de sus propias abundantes aguas los ajenos secanos, para también enverdecernos y adornarlos con plantas fructificantes.

Cómo hombre tal, de tan clarísimo juicio, tan sacerdote de la verdad, tan enamorado de su pueblo y tan celoso del bien de España, pudo caer en la ofuscación pasional que le ha impedido percibir los imponderables progresos de saneamiento, vivificación, robustez, cultura y potencia económica iniciados y desarrollados por el gobierno actual de la patria madre, es cosa que no nos explicamos de ningún modo los que sabemos de la grandeza mental y ética de este opulento prócer de la sabiduría. ¿Cómo por esa lamentable obnubilación se ha ocultado a su vista de zahorí que el dicho gobierno será todo lo extraparlamentario e inconstitucional que se quiera, pero que así tenía que ser para obrar como digno terapeuta y cirujano en el tratamiento de ese amado cuerpo enfermo que era el pueblo español, corroído por todos o la mayor parte de los morbos que registra la patología política? ¿Cómo olvidó que la legitimidad de las formas de gobierno, antes que en la caediza letra de las leyes escritas, está en el verbo perdurable de la justicia, que manda ir contra la ley gráfica cuando por corruptora o por inocua se convierte, más que en un trasto despreciable, en un foco de podre e infección? . . .

Pero volvamos a nuestro asunto. Cuando un hombre de tal condición quiere vaciar sus pensamientos en los troqueles de la métrica, necesariamente ha de verter en el áureo molde toda la intensidad de su vivir eximio: sus versos no pueden ser mera melodía, música vana de palabras, simples sonos combinados según las leyes de la rima.

Quien estudiosamente leyere los versos de Unamuno pronto comprobará la verdad de este juicio anticipado, porque todo en ellos es enjundia substancial y nutritiva, sin engañosos condimentos, y sin huecas falacias, tal como lo prescribe el mismo erudito cantor en su gran "Credo poético," obra que contiene

toda una pragmática renovadora de disciplina espiritual, para gobierno de bardos melenudos y bohemios pulsadores de laúd, salterio y cítara.

Meditemos este canon imperativo:

Piensa el sentimiento, siente el pensamiento;
que tus cantos tengan nidos en la tierra,
y que cuando en vuelo a los cielos suban
tras las nubes no se pierdan;

veamos luego cómo explica el origen del sentir:

Lo pensado es, no lo dudes, lo sentido.
¿Sentimiento puro? Quien en ello crea
de la fuente del sentir nunca ha llegado
a la viva y honda vena;

penetremos la bondad de este consejo, que parece escrito por un ateniense del siglo de oro:

no te olvides de que nunca más hermosa
que desnuda está la idea,

y la certeza de esta doble proposición, que no se aprende en ningún texto escolar:

el lenguaje es ante todo pensamiento
y es pensada su belleza,

y, preparados por estas doctrinas, podremos recibir con acatamiento el precepto final, cuya obediencia tanto importa a los copleros que toman la poesía no más que como un juego acústico de vocablos:

Sujetemos en verdades del espíritu
las entrañas de las formas pasajeras,
que la Idea reine en todo soberana;

.

Para quien, como yo, repetidamente ha propagado que el lenguaje no es forma vacua o emblema aparente y externo, sino viva esencia, consubstancial al pensamiento, con él unido en psicológica integridad, esta doctísima doctrina del poeta sabio tiene todo el valor de una sanción amparadora promulgada por autoridad legítima.

La fe de Unamuno en su credo es tan firme, en tan íntimo modo se corresponde con su obra, como hija aquélla al cabo de una vida consciente, iluminada y enriquecida por la meditación,

que ni una sola vez queda menguada en estas rimas eruditas por incertidumbres ruinosas, menos aún apostatada por serviles complacencias con el gusto vulgar impuesto por convencional rutina. Siempre la idea densa, grave, prolífica, domina muy señora en las estancias de este libro, sea que el autor execre con rudo restallante verbo "A la corte de los poetas," sea que hondamente escrutando la llanura castellana cante "El mar de encinas" o a "La torre de Monterrey"; bien derrame óleo sagrado sobre "El último héroe," bien renueve en su fantasía la hermosura de "Las magnolias" que sombrearon sus paseos de adolescente en la Plaza Nueva de Bilbao; con igual abundancia cuando adora "A la libertad," medita en "El buitre de Prometeo," o en "Nubes de misterio," o en "La elegía eterna," que cuando parafrasea salmos bíblicos, cuenta "Cosas de niños," versifica sus "Caprichos" y esculpe "Sonetos" ejemplares.

En todas sus expansiones poéticas hay luz y calor de sentimiento apegado a la verdad concebida, hasta en aquellas estrofas que tienen por motivo escenas de la vida doméstica y que tan ocasionadas son a trivialidades y prosaísmos.

Pero donde me parece más admirable el estro de Unamuno es en su himno a Salamanca, la ciudad dorada, de plateresca Universidad, que él llena de su espíritu maestro. Oigámosle con qué filial ternura le pide acogimiento para su nombre después de la muerte:

Del corazón en las honduras guardo
tu alma robusta: cuando yo me muera
guarda, dorada Salamanca mía,
tú mi recuerdo.
Y cuando el sol al acostarse encienda
el oro secular que te recama,
con tu lenguaje, de lo eterno heraldo,
dí tú que he sido.

Esta compenetración entrañable del alma con el ambiente sólo tiene par legítimo en las endechas que el fuerte vizcaíno entona a su Bilbao "En la basílica del Señor Santiago." Así hablaba Zaratustra: "De todo lo escrito no me gusta más que lo que uno escribe con su sangre. Escribe con sangre y aprenderás que la sangre es espíritu."

¡Oh maestro bueno y sabio!—Perdona que te llame sabio. Ahora recuerdo haberte oído repugnar ese adjetivo, que cuanto repeles tanto te cuadra, porque desde la célebre confesión del filósofo griego, aquel es más sabio que mejor conoce la nada de su ciencia.—¡Oh buen maestro! ¡Qué grato es leerte según tu mente! ¡Quién me diera poder para transplantar un poco de la verdura de tu ánimo grande a este páramo ardoroso, donde no

crece el roble altivo que en su copa fabrica y al cielo eleva los gérmenes del agua, para sentirla caer después en lluvia reproductora! Porque en tus verdegales hay frondosidad y vegetación sobradas para mantener un pueblo en noble vida.

HABANA

MARIANO ARAMBURO

RICARDO GÜIRALDES. *Don Segundo Sombra*. Buenos Aires, Editorial Proa, 1926.

“Vida de reseros: arreos, proezas de lazo, domas, reyertas sangrientas, bailes, amoríos, en el gran marco silencioso y a veces hostil de la pampa.” Así anuncia el editor la última obra de Ricardo Güiraldes, publicada en octubre de mil novecientos veintiséis. Se trata, pues, de una novela que tiene como escenario la pampa infinita y como tema la vida azarosa y bravía del gaucho, es decir, de una novela típicamente argentina.

Caracteriza a la literatura argentina de hoy un retorno consciente hacia los temas vernáculos y un afán decidido de autonomía. Los escritores, en lugar de mirar hacia Europa y hacer labor de trasplante, buscan inspiración en el propio país y al ritmo de la moderna sensibilidad, orientada en parte hacia lo popular, encuentran las fuentes de su obra en la tradición gauchesca.

Como Rojas había previsto en su obra *Los Gauchescos*¹ los temas populares argentinos transmigran hoy, después de una primera fase puramente folklórica y de una segunda representada por los grandes poemas—*Santos Vega*, el *Fausto* criollo y sobre todos, *Martín Fierro*—, a géneros literarios más perfectos: teatro: Florencio Sánchez; lírica: Borges, Silva Valdés; y novela: Quiroga, Lynch, Güiraldes.

La teoría de Rojas, verdadera sólo en parte, ha sido modernamente rectificada en puntos importantes por los críticos españoles Federico de Onís² y Américo Castro³ en sus estudios sobre el *Martín Fierro*. Admiten ellos el carácter marcadamente popular de toda la literatura gauchesca, pero siguiendo las más modernas teorías filológicas, ven en todas las manifestaciones de esa literatura, y particularmente en *Martín Fierro*, un elemento culto introducido por la personalidad literaria del autor.

Aunque el caso de las modernas obras gauchistas es muy otro que el de Hernández y los poemas del siglo pasado, conviene no olvidar, cuando de arte gauchesco se trate, este doble carácter culto y popular.

¹ Ricardo Rojas, *La literatura argentina*, t. 1, Buenos Aires, 1924.

² Federico de Onís, “El ‘Martín Fierro’ y la poesía tradicional,” *Homenaje a Menéndez Pidal*, t. II, Madrid, 1924.

³ Américo Castro, Conferencia sobre *Martín Fierro*, próxima a publicarse. V. *La Gaceta Literaria*, N. 18, Madrid.

En *Don Segundo Sombra* el maridaje entre ambos elementos es perfecto. El autor acude a lo popular para sacar los materiales: lenguaje, tipos, episodios, pero tras ello, sustentándolo, hay una labor de selección visible que acredita una refinada cultura.

Ricardo Güiraldes ha logrado con temas de pura argentinidad y sin necesidad de acudir a tópicos trillados por la literatura europea—caso frecuente en la literatura hispanoamericana—construir una obra literaria duradera y original. Ni en *Don Segundo Sombra*, ni en ninguna de sus obras anteriores ha traicionado su ideal estético. Este carácter netamente argentino de su obra, señalado ya por críticos europeos de la talla de Valery Larbaud, es ante todo el primer valor aunque no el único de su nueva novela.

La técnica: modo de ver y describir—rápido, impresionista, esquemático—; la preferencia por la imagen y el modo de revelar la psicología de los personajes, acusan una fuerte influencia de las más nuevas tendencias europeas sin que por eso el estilo deje de tener un fuerte sabor personal. Fuera de ello, todo lo que en el libro es emoción y carácter, poesía y pensamiento, es nacional, de un nacionalismo verdadero sin efectismos ni pastiches, sin colorismos triviales.

La concepción y el relato son fieles a la tradición gauchesca usando la forma autobiográfica. Un joven aprendiz de gaucho narra su vida pampera en una sucesión de cuadros, escenas y paisajes. Al hilo del relato el protagonista va apuntando con firmeza todas las palpitaciones de las almas bravías y elementales, simples y complejas, que pueblan la pampa argentina. Empieza la novela con la infancia del protagonista en el ambiente monótono de un pueblo con sus boliches, pequeños tenderos, tapes y peones de paso, hasta que atraído por un deseo atávico de libertad e impulsado por la aparición misteriosa de Don Segundo Sombra, arquetipo del gaucho, decide la fuga a la pampa. En este momento comienza la lucha y el aprendizaje. Guiado y protegido siempre por Don Segundo Sombra, el muchacho emprende la arriesgada vida de peón hasta convertirse en un gaucho perfecto. Al final, cuando ve logrado su empeño, una cuantiosa herencia le obliga a abandonar su andariega existencia de resero y a establecerse, no sin nostalgia, en la estancia heredada.

Este simple esbozo argumental no es sino mero soporte de una rica variedad de episodios que constituyen la médula del libro.

Tratemos de dar un resumen de los elementos que hacen de *Don Segundo Sombra* un documento inapreciable para comprender la vida y la psicología del gaucho, de un gaucho acaso en vísperas de desaparecer:

a) Estampas de la vida en la pampa: escenas de estancia y boliche, domas, rodeos, entreveros, peleas de gallos, reyertas y desafíos, amores fugaces, ejércitos de animales salvajes galopando sin freno, paisajes silenciosos de horizontes indefinidos.

b) Elementos folklóricos: danzas paisanas en los bailes de estancia, gato, triunfo y prado con sus pasos especiales y relaciones en verso; refranes; cuentos como el del hijo del diablo y el de Miserias el herrero, ambos contados por Don Segundo.

c) Caracteres psicológicos del gaucho: estoicismo, conformidad ante la muerte, melancolía, amor a la soledad, ímpetu errabundo, visión de la vida como lucha constante, valor, dignidad y serenidad ante el peligro, jactancia varonil, desconfianza de la mujer, miedo a lo sobrenatural, casi todos ellos de herencia española.

Todos los cuadros y escenas están trazados con sobriedad, sin excederse en el uso del color; los elementos folklóricos distribuidos con tacto y los personajes van definiéndose psicológicamente a sí mismos como requiere la más moderna técnica novelesca. La sensación de pampa no falta en ninguna página y enmarca todas las siluetas.

El estilo es de lo mejor que el libro tiene y ayuda a realzar tipos, escenas y descripciones. Rico y fácil, no cae nunca en arrebatos retóricos; por el contrario, conserva un tono uniforme y directo. El carácter popular del lenguaje se mantiene. Vocablos, sinéresis, apócope, síncopas, metátesis y otros fenómenos lingüísticos propios de la lengua hablada en la Argentina son incorporados al estilo elegante de Güiraldes y forman la parte fundamental de este libro. Sería interesante un estudio de estos argentinismos en *Don Segundo Sombra*, aunque la mayoría de ellos ya son de corriente uso literario. La lectura de la obra es fácil, aun sin previos conocimientos de solecismos y giros americanos. *Don Segundo Sombra* demuestra una vez más la capacidad del español para apropiarse sin grave alteración estos nuevos vocablos y giros sintácticos gauchos o americanos, muchos de ellos de rancia prosapia castellana.

Acaso no esté de más añadir que la diferencia más visible entre esta novela gauchesca, criolla, y las obras anteriores del género es la ausencia de la preocupación social tan patente en los poemas del siglo pasado. Esta ausencia, naturalmente, no quita ni da valor a la obra de Güiraldes, a lo sumo acredita su actualidad, hora la actual en que el arte parece exento de preocupaciones sociales.

Libro moderno, *Don Segundo Sombra*, de pura emoción y poesía, su intención es exclusivamente estética.

A. DEL RÍO

J. M. POLAR. *Don Quijote en Yanquilandia*. Cartagena (España), Editorial Juvenilia, s. f., 164 págs.

In the imagination of authors, Don Quijote has been riding for centuries through many countries, just as he rode in gilded dreams over the plains of La Mancha, criticizing from the height of the lean Rocinante his low-minded countrymen. He has been led by other pens than Cervantes' to observe with a critical and detached eye many civilizations not his own. Under many guises, he has remained true to his eternally ridiculous and poignantly idealistic Self. In Henry Fielding's comedy, *Don Quixote in England* (printed 1754) he struggled with base innkeepers, and rejoiced the populace by the spectacle of the uncompromising idealist confronted with the most corporeal of English materialists. Still in the eighteenth century Charlotte Lennox transformed him into a *Female Don Quixote*. After that he became, among other things, a Romantic in W. Coombe's, *The Romantic Don Quixote, or the Travels of Dr. Syntax in his Search of the Picturesque and the Romantic*. And so, for two or three centuries he has been represented as traveling through various countries or imaginary lands, wielding his lance as the rallying sign for perennial idealists. In 1907, Alberto Insúa published a *Don Quijote en los Alpes* which strangely enough incorporated the intellectual analysis and the fear of reality of Amiel into the visionary soul of the eternal Knight-Errant. During the World War, André Suarès, in his *Don Quichotte en France*, used him as an appeal to the idealistic soul of Spain to help the Allied cause. And now Polar, a Peruvian, has sent him off again on his eternal pilgrimage, this time to Yankeeland, where we should least expect to hear his shrill challenge in defense of the dream and the downtrodden. Yet it has proven unexpectedly popular in the land of Efficiency and the Dollar. Before appearing in book form in Spanish, an English translation of it had been published.

Of all the successive appearances of Don Quijote in foreign lands, this volume seems to be the nearest approach to Cervantes. While satirizing rather good-humoredly el Tío Samuel (Uncle Sam) and his son, the Knight of the Dollar, it has retained the same atmosphere, the same quaintness of expression and incident, the same conflict between the noble Knight-Errant and his more cautious and fleshly Squire. Don Quijote still retains "method in his madness," and hides serious purposes behind his extravaganzas. He still remains somewhat the sublime fool who sees the truth and speaks unwittingly. Indeed, Polar makes him mad, like Hamlet, only "north-northwest," when the wind blows from one corner of the compass. He has Don Quijote exclaim:

"Madmen; that is true—for thus the great warriors, the heralds of God upon this earth appear to the crowd . . ."! He believes there is no difference between saints and knight-errants except that the saint struggles with himself, while the knight-errant struggles with the vices and shortcomings of humanity. In the name of these lofty principles he overcomes single-handed the Knight of the Dollar and his large army of followers. Just as in Cervantes, Don Quijote here remains a visionary. He saw herds of sheep transformed into attacking armies; and here trains are to him wild-eyed monsters, electric lights are a wicked magician's devices, and automobiles, racing demons.

It is quite evident, notwithstanding the skillful disguises and transpositions, that *Don Quijote en Yanquilandia* represents somehow the spirit of Spanish idealism embattling the practicality of Uncle Sam's subjects. To Uncle Sam's boasts about the activity and material achievement of his people, the Knight-Errant replies with a beautiful sermon on the Philosophy of Work and its ideal significance. Not activity, nor wealth, nor material power can ever be ends in themselves; they are but levers which lift humanity to higher paths, to the enjoyment of existence in a more religious and esthetic sense. What he deplores to the astounded Uncle Sam is the lack of a vitalizing spiritual principle animating the immensely towering civilization of the skyscrapers. Yet occasionally Polar's irony is double-edged. To give but one example: Don Quijote always thinks himself free, whereas he is under the constant supervision of Uncle Sam,—just as is Spanish America. Even his victories are prearranged, and in reality, the Knight-Errant but plays a game which his sly guardian has laid out for him.

In its denial of the value of mere material achievement, of mechanical devices, of modern pseudo-science, *Don Quijote en Yanquilandia* constitutes a satire on the tenets of the powerful subjects of el Tío Samuel. But this satire is hardly bitter or incisive or boisterously gargantuan. It proclaims many spiritual truths which have been too readily overlooked in our pride of our too material a civilization.

BARBARA MATULKA

NEW YORK UNIVERSITY,
WASHINGTON SQUARE COLLEGE